

mil mundos? ¿Cómo quieres en el entretanto ofender, y provocar á ira á aquel por cuyas puertas despues te has de meter, á cuyos piés te has de derribar, de cuyas manos ha de estar colgada la suerte de tu eternidad, y cuya misericordia finalmente pretendes pedir con lágrimas y gemidos? ¿Cómo quieres agora porfiadamente enojar á quien despues has de haber menester, y á quien tanto ménos hallarás propicio, cuanto mas le tuvieses enojado? Muy bien arguye Sant Bernardo contra los tales, diciendo así: Tú que haces estas malas cuentas, perseverando en la mala vida, ¿dime si piensas que el Señor te ha de perdonar, ó no? Si crees que no te perdonará, ¿qué mayor locura que pecar sin esperanza de perdon? Y si piensas dél que es tan bueno y misericordioso, que aunque tantas veces le hayas ofendido, te perdonará, dime, ¿qué mayor maldad, que tomar ocasion para mas ofenderle, de donde la habias de tomar para mas amarle? ¿Qué se puede responder á esta razon?

¿Qué me dirás tambien de las lágrimas que adelante has de derramar por los pecados que agora haces? Porque si Dios adelante te llama y visita (y cuitado de tí si no lo hace), ten por cierto que te ha de amargar mas que la hiel cada uno desos bocados que agora comes, y que has de llorar siempre lo que en una vez heciste, y que quisieras ántes haber padecido mil muertes, que haber ofendido á tal Señor. Brevisimo fué el espacio que David pasó en sus placeres (a), y tan largo el que vivió con dolor, que él mismo dice de sí (b): Lavaré cada una de las noches mi cama con lágrimas, y con ellas regaré mi estrado. Y era tanta la abundancia destas lágrimas, que la translacion de Sant Hierónimo, en lugar de: Lavaré mi cama, dice: Haré nadar mi cama en lágrimas; para significar aquellas tan grandes lluvias y corrientes de aguas que salian de sus ojos, porque no guardaron la ley de Dios. ¿Pues para qué quieres gastar tiempo en tal sementera, de la cual no tengas otro fruto que coger, sino lágrimas?

Allende desto debrias aun mirar que no solo siembras lágrimas para adelante, sino tambien dificultades para la buena vida, por el largo uso de la mala. Porque así como el que ha tenido una larga ó recia enfermedad pocas veces sale della sin reliquia para adelante; así lo hace tambien el largo uso de los pecados y la grandeza dellos. Siempre queda el hombre mas flaco y lisiado en aquella parte por do pecó, y por allí le da el enemigo mayores alcances. Los hijos de Israel adoraron un becerro, y en castigo desta culpa dióles Moysen á beber los polvos del becerro (c). Porque esta suele ser la pena con que castiga Dios algunos pecados, permitiendo por su justo juicio que se nos queden como embebidos en los huesos, y así sean nuestros verdugos los que ántes habian sido nuestros ídolos.

Sobre todo esto ¿no mirarias cuán mal repartimiento es diputar el tiempo de la vejez para hacer penitencia, y dejar pasar en flor los años de la mocedad? ¿Qué locura sería, si un hombre tuviese muchas bestias, y muchas cargas que llevar en ellas, que las echase todas sobre la bestia mas flaca, y dejase las otras irse holgando vacías? Tal es por cierto la locura de los que guardan para la vejez toda la carga de la penitencia, y dejan los mejores tercios de la mocedad y de los buenos años, que eran cierto mejores para llevar esta carga que la vejez, la cual apenas puede sostener á sí mesma. Muy bien

(a) 2. Reg. 11. (b) Psalm. 6. (c) Exod. 32.

dijo aquel gran filósofo Séneca: que quien espera por la vejez para ser bueno, claro muestra que no quiere dar á la virtud sino el tiempo que no le sirve para otra cosa. Pues ¿qué será si con esto consideras la grandeza de la satisfaccion que aquella Majestad infinita pide para perfecto descargo de sus ofensas? La cual es tan grande, que, como dice Sant Juan Climaco, apenas puede el hombre satisfacer hoy por las culpas de hoy, y apenas puede el mesmo dia descargar á sí mesmo. Pues ¿cómo quieres tú amontonar déudas en toda la vida, y reservar la paga para la vejez, que apenas podrá pagar las suyas propias? Es tan grande esta maldad, que la tiene Sant Gregorio por una grande deslealtad, como él lo significa por estas palabras (d): Harto léjos está de la fidelidad que debe á Dios el que espera el tiempo de la vejez para hacer penitencia. Debía este tal tener no venga á caer en las manos de la justicia, esperando indiscretamente en la misericordia.

§. III.

Mas pongamos agora que todo lo susodicho no hobiese lugar, ni entreviniesen aquí todas estas cosas: dime, ¿no bastaría, si hay ley, si razon, si justicia en el mundo, la grandeza de los beneficios recibidos, y de la gloria prometida, para hacer que no fueses tan escaso en el tiempo del servicio con quien tan largo te ha sido en el hacer de las mercedes? ¡Oh con cuánta razon dijo el Ecclesiástico (e): Nunca ceses de hacer bien en todo tiempo; porque el galardón de Dios permanece para siempre! Pues si el galardón ha de durar tanto, ¿por qué quieres tú que dure tan poco el servicio? Si el galardón ha de durar mientras Dios reinare en el cielo, ¿por qué no quieres tú que el servicio dure siquiera mientras tú vivieres en la tierra (que todo ello es un punto), sino que dese punto quieres quitar los dos tercios, y dejar un soplo para Dios?

Demás desto, si tú esperas que te has de salvar, tambien has de presuponer que te tiene Dios ab eterno predestinado para esta salud. Pues dime agora: si madrugó este Señor dende su eternidad á amarte, y hacerte cristiano, y adoptarte por hijo, y hacerte heredero de su reino, ¿cómo aguardas tú en el fin de tus dias á amar aquel que dende el principio de su eternidad (que es sin principio) te amó? ¿Cómo puedes acabar contigo de hacer servicios tan cortos á quien determinó hacerte beneficios tan largos? Porque á buena razon, ya que el galardón es eterno, tambien lo habia de ser el servicio, si esto fuera posible. Mas ya que no lo es, sino tan breve cuanto es la vida del hombre, ¿cómo dese espacio tan corto quieres quitar un pedazo tan largo al servicio de tal Señor, y dejarle tan poco, y aun eso de lo peor? Porque (como dice muy bien Séneca) en lo bajo del vaso no solo queda lo poco, sino tambien lo malo. Pues, ¿qué racion es esa que dejas para Dios? Maldito sea, dice él por Malaquías (f), el engañador que teniendo en su manada animal sano y sin defecto, ofrece al Señor el mas flaco de su ganado; porque Rey grande soy yo (dice el Señor de los ejércitos), y mi nombre es terrible entre las gentes. Como si mas claramente dijera: A tan grande Señor como yo, grandes servicios pertenescen, y injuria es de tan grande Majestad ofrecerle el desecho de las cosas. Pues ¿cómo guardas tú lo mejor y

(d) Lib. 23. Mor. cap. 2 et 5, et hom. 42. in Evang. (e) Eccles. 48. (f) Malach. 1.

mas hermoso de la vida, para servicio del demonio, y quieres ofrecer á Dios lo que ya el mundo desecha de sí? Dice Dios (a): No ternás en tu casa medida mayor ni menor, sino medida justa y verdadera: ¿y quieres tú contra esta ley tener dos medidas tan desiguales, una tan grande para el demonio (como medida de amigo), y otra tan pequeña para Dios como si fuera enemigo?

Sobre todo esto te ruego que si ya de todos estos beneficios no haces caso, te acuerdes á lo ménos de aquel inestimable beneficio que el Padre Eterno te hizo en darte á su unigénito Hijo, que fué dar en precio de tu ánima aquella vida que valia mas que todas las vidas de los hombres y de los ángeles. Por donde aunque tuvieses tú en tí todas estas vidas y otras infinitas, las debias al dador de aquella vida, y aun todo esto era poco para pagarla. Pues ¿con qué razon, con qué cara, con qué título niegas esa sola vida que tienes tan pobre al que tal vida puso por tí? ¿Y aun desa quieres quitar lo mejor y mas bien parado, y dejar las heces para él?

Sea pues la conclusion deste capítulo la que dió Salomon á su Ecclesiastes (b), donde finalmente vino á resolverse en aconsejar al hombre se acordase de su Criador en el tiempo de su mocedad, y no dejase este negocio para la vejez, que para todos los trabajos corporales es inhábil; cuyas pesadumbres y inhabilidades describe él allí por ocultas y admirables semejanzas, las cuales en sententia dicen así: Acuérdate de tu Criador en el tiempo de tu mocedad, ántes que vengan aquellos dias trabajosos, y aquellos años en que ya la mesma vida suele ser á los hombres enojosa; ántes que se menoscabe la vista, y te parezca ya que el sol está oscuro, y la luna y las estrellas; cuando ya tiemblan las guardas de la casa (que son las manos), y se estremecen los varones fuertes (que son las piernas que sustentan toda la carga deste edificio), y cesa ya el uso de la dentadura, que ántes molía y desmenuzaba el manjar menudamente; y así mismo comienza á desfallecer la potencia visiva del ánima, que veía por las ventanas y agujeros de los ojos, y se cierran las puertas de la plaza (porque tambien desfallecen los órganos de los otros sentidos), y despierta el hombre á la voz del gallo (por la flaqueza que suele haber de sueño en aquella edad), y se ensordecen las hijas de la música (porque se cierran y estrechan las arterias donde se forma la voz), donde no hay fuerza para subir á lo alto, y andar por camino fragoso, ántes aun en lo llano estropeiza el hombre; donde ya está florido el almenro (porque la cabeza viene á cubrirse de canas), donde ya no hay hombros para poder llevar carga) por pequeña que sea, donde está ya el hombre desgano de todas las cosas (por ir cada dia mas desfalleciendo las fuerzas de nuestro corazón, donde está el asiento de nuestros apetitos), porque se va el hombre á mas andar acercando á la casa de su eternidad (que es la sepultura), donde le irán por la plaza llorando los suyos; cuando finalmente el polvo se tornará en su polvo, y el espíritu volverá al Señor que lo crió. Hasta aquí son cuasi todas estas palabras de Salomon.

Acuérdate pues, hermano, conforme á esta descripción, de tu Criador en el tiempo de la mocedad, y no dilates la penitencia para estos años tan cargados, donde ya desfallece la misma naturaleza, y el vigor de todos los sentidos; donde el hombre mas está para suplir con regalos y industria lo que falta de virtud á la natu-

(a) Deut. 25. (b) Eccle. 42.

raleza, que para abrazar los trabajos de la penitencia; cuando ya la virtud mas parece necesidad que voluntad; cuando ya los vicios ganan honra con nosotros, porque ellos nos dejan primero que los dejemos, aunque lo mas comun es ser tal la vejez, cual fué la mocedad, segun aquello del Ecclesiástico que dice (c): Lo que no allegaste en la mocedad, ¿cómo lo hallarás en la vejez?

Este es pues el consejo tan saludable que te da Salomon, y este mesmo te da el Ecclesiástico, diciendo (d): Confesarte has, y alabarás á Dios estando vivo; vivo y sano te confesarás, y si así lo hicieres, serás glorificado y enriquecido con sus misericordias. Gran misterio es que entre los enfermos que estaban al derredor de la Piscina, aquel libraba mejor, que llegaba primero, cuando se meneaba el agua (e); para que por aquí entiendas, cómo toda nuestra salud está en acudir luego sin dilacion al movimiento interior de Dios. Corre pues, hermano mio, y date prisa; y si, como dice el Profeta (f), hoy en este dia oyeres la voz de Dios, no dilates la respuesta para mañana; ántes comienza luego á poner por obra lo que te será tanto mas fácil de obrar, cuanto mas presto lo comenzares.

CAPITULO XXVI.

Contra los que dilatan la penitencia hasta la hora de la muerte.

Razon sería que bastase lo dicho para confusion de otros que dejan (como ya declaramos) la penitencia para la hora de la muerte. Porque si tan gran peligro es dilatarla para adelante, ¿qué será para este punto? Mas porque este engaño está muy extendido por el mundo, y son muchas las ánimas que por aquí perecen, necesario es que dél particularmente tratemos. Y aunque sea algun peligro hablar desta materia, porque podría ser ocasion de desconfianza para algunos flacos; pero muy mayor peligro es no saber los hombres el peligro á que se ponen, cuando para este tiempo se guardan. De manera que pesados ambos peligros, sin comparacion es mayor este que el otro; pues vemos cuántas mas son las ánimas que se pierden por indiscreta confianza, que por demasiado temor. Y por tanto á nosotros que estamos puestos en el atalaya de Ezequiel (g), conviene avisar destes peligros; porque los que por nosotros deben ser avisados, no se llamen á engaño; y si ellos se perdieren, no cargue su sangre sobre nosotros. Y pues no tenemos otra lumbre, ni otra verdad en esta vida, sino la de la Escritura Divina, y de los sanctos padres, y doctores que la declaran; veamos qué es lo que ellos dicen acerca desto, porque bien creo que nadie será tan atrevido, que ose anteponer su parecer á este. Y procediendo por esta via, traigamos primero lo que los sanctos antiguos, y en cabo lo que la Sancta Escritura acerca desto nos enseñan.

§. I.

Autoridades de los sanctos antiguos, de la penitencia final.

Mas ántes que entremos en esta disputa, presupongamos primero lo que Sant Augustin y todos los doctores generalmente dicen: conviene saber, que así como es obra de Dios la verdadera penitencia, así la puede él inspirar cuando quisiere, y así en cualquier tiempo que la penitencia fuere verdadera (aunque sea en el punto de la muerte) es poderosa para dar salud. Mas esto cuán pocas veces acaezca, ni quiero que yo ni tú sea-

(a) Eccle. 25. (d) Eccle. 17. (e) Ioan. 5. (f) Psal. 94. (g) Ezech. 3 et 55.

mos creídos en esta parte; sino que lo sean los santos, por cuya boca habló el Espíritu Santo, y por sus dichos y testimonios será razón que todos estemos. Oye pues primeramente lo que sobre este caso dice Sant Agustín en el libro de la verdadera y falsa penitencia: Ninguno espere á hacer penitencia cuando ya no puede pecar, porque libertad nos pide para esto Dios y no necesidad. Y por tanto aquel á quien primero dejan los pecados, que él deja á ellos, no parece que los deja por voluntad, sino por necesidad. Por donde los que no quisieron convertirse á Dios en el tiempo que podían, y despues vienen á confesarse cuando ya no pueden pecar, no así fácilmente alcanzarán lo que desean. Y un poco mas abajo, declarando cuál haya de ser esta conversion, dice así: Aquel se convierte á Dios, que todo, y del todo se vuelve á él; el cual no solo teme las penas, sino trabaja por alcanzar la gracia y los bienes del Señor. Y si desta manera acaesciere convertirse alguno al fin de la vida, no habemos de desesperar de su perdon. Mas porque apenas ó muy pocas veces se halla en aquel tiempo esta tan perfecta conversion, hay razón para temer del que tan tarde se convierte. Porque el que se ve apretado con los dolores de la enfermedad, y espantado con el temor de la pena, con dificultad llegará á hacer verdadera satisfaccion, mayormente viendo delante de sí los hijos que desordenadamente amó, y á la mujer, y al mundo que están tirando por él. Y porque hay muchas cosas que en este tiempo impiden el hacer penitencia, peligrosísima cosa es, y muy vecina de la perdicion dilatar hasta la muerte el remedio della. Y con todo esto digo que si este tal alcanzare perdon de sus culpas, no por eso quedará libre de todas las penas. Porque primero ha de ser purgado con el fuego del purgatorio, por haber dejado el fruto de la satisfaccion para el otro siglo. Y este fuego aunque no sea eterno (como es el del infierno), mas es extrañamente grande; porque sobrepaja todas las maneras de penas que se han padecido en este mundo. Ni jamas en carne mortal se sintieron tales tormentos, aunque los de los mártires hayan sido tan grandes, y los que han padecido algunos malhechores. Y por tanto procure cada uno de corregir así sus males, que no le sea necesario despues de la muerte padecer tan terribles tormentos.

Hasta aquí son palabras de Sant Agustín, donde habrás visto la grandeza del peligro en que se pone el que de propósito guarda la penitencia para este tiempo.

Sant Ambrosio tambien en el libro de la penitencia (aunque otros atribuyen este dicho al mismo Sant Agustín) trata copiosamente esta materia, donde entre otras muchas cosas dice así: El que puesto ya en el postrer término de la vida pide el sacramento de la penitencia, y le recibe, y así sale desta vida, yo os confieso que no le negamos lo que pide; mas no osamos afirmar que salga de aquí bien encaminado. Torno á repetir que no osado decir esto; que no os lo prometo; que no lo digo, que no os quiero engañar. ¿Pues quieres, hermano, salir desta duda, y escaparte de cosa tan incierta? Haz penitencia en el tiempo que estás sano. Si así lo haces, dígame que vas bien encaminado; porque heciste penitencia en tiempo que pudieras pecar. Pero si aguardas á hacer penitencia en tiempo que ya no podías pecar, los pecados dejaron á tí, y no tú á ellos.

Lo mesmo dice Sant Isidoro por estas palabras: El

que quiere á la hora de la muerte estar cierto del perdon, haga penitencia cuando está sano, y entonces llore sus maldades; mas el que habiendo vivido mal hace penitencia á la hora del morir, este corre mucho peligro; porque así como su condenacion es incierta, así su salvacion es dudosa.

Todas estas palabras son mucho para temer; mas mucho mas son las que escribe Eusebio, discípulo de Sant Hierónimo, que este, su sancto maestro, dijo estando para morir, echado en tierra, vestido de saco; y porque no osaré referirlas con el rigor que están escriptas, por no dar motivo á los flacos para desmayar, el que quisiere las podrá leer en el cuarto tomo de las obras de Sant Hierónimo en una epístola que Eusebio escribe á Dámaso, obispo, sobre la gloriosa muerte de Sant Hierónimo. Pero entre otras cosas dice así: ¿Podrá decir el que todos los dias de su vida perseveró en su pecado: A la hora de la muerte haré penitencia y me convertiré? Oh cuán triste es esta consolacion! Porque el que ha vivido mal toda la vida sin acordarse (sino por ventura por entre sueños) qué cosa era penitencia, muy dudoso remedio tendrá en esta hora. Porque estando él en este tiempo enlazado con los negocios del mundo, y fatigado con los dolores de la enfermedad, y congojado con la memoria de los hijos que deja, y con el amor de los bienes temporales de que ya no espera gozar: estando así cercado de todas estas angustias, ¿qué disposicion tiene para levantar el corazon á Dios, y hacer verdadera penitencia, la cual en toda la vida nunca hizo, cuando esperaba vivir, y agora no haria si esperase sanar? Pues ¿qué manera de penitencia es la que se hace cuando la mesma vida se despide? Conozco algunos de los ricos deste siglo, que despues de graves enfermedades recobraron la salud del cuerpo y empeoraron en la del ánima. Esto tengo, esto pienso, esto he aprendido por larga experiencia: que por maravilla tendrá buen fin aquel cuya vida fué siempre mala, el que nunca temió pecar, y siempre sirvió á la vanidad. Hasta aquí son palabras del dicho Eusebio, en las cuales ves el temor que este sancto doctor tiene de la penitencia que hace en esta hora aquel que nunca la hizo en toda la vida.

Y no es menor el que Sant Gregorio en esta parte tiene (a), el cual sobre aquellas palabras de Job que dicen (b): ¿Qué esperanza tendrá el hipócrita si roba lo ajeno? ¿Por ventura oirá Dios su clamor en el dia de su angustia? dice así: No oye Dios en el tiempo de la angustia las voces de aquel que en tiempo de paz no quiso oír las voces de su Señor. Porque escripto está (c): El que cierra las orejas para no oír la ley, no será recibida su oracion. Mirando, pues, el sancto Job cómo todos los que agora dejan de obrar bien, al fin de la vida se vuelven á pedir mercedes á Dios, dice: ¿Por ventura oirá Dios el clamor de los tales? En las cuales palabras se conforma con la sententia del Redemptor, que dice (d): A la postre vinieron las vírgines locas, diciendo: Señor, Señor, abridnos; y fuéles respondido: En verdad os digo que no os conozco. Porque en aquel tiempo usa Dios de tanto mayor severidad quanto agora usa de mayor misericordia; y entonces castigará á los que pecaron con mayor rigor de justicia, el que agora benignamente les ofresce

(a) Lib. 18. Mor. cap. 5. (b) Job 27. (c) Prov. 28. (d) Matth. 25.

su misericordia. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio. Tambien Hugo de Sant Victor en el segundo libro de los sacramentos, conformándose con los pareceres destes sanctos, dice así (a): Dificultosa cosa es que sea verdadera la penitencia cuando viene tardía, y muy sospechosa debe ser aquella penitencia que parece forzada. Porque fácil cosa es creer de sí el hombre que no quiere lo que no puede. Por donde la posibilidad declara muy bien la voluntad. Y por esto si no haces penitencia cuando puedes, argumento es que no quieres.

El Maestro de las sentencias va tambien por este mesmo camino, y así dice: Como la penitencia verdadera sea obra de Dios, puédela él inspirar cuando quisiere, y galardonar por misericordia á los que podría condenar por justicia. Mas porque en aquel paso hay muchas cosas que retraen al hombre deste negocio, cosa es peligrosa y vecina á la muerte dilatar hasta allí el remedio de la penitencia. Pero gran cosa es inspirarla Dios en aquella hora, si alguno hay á quien la inspire. ¡Mira qué palabras estas tan para temer! ¿Pues cuál es el desatinado que osa poner el mayor de los tesoros en el mayor de los peligros? ¿Hay cosa mayor en el mundo que tu salvacion? ¿Pues en qué seso cabe poner una cosa tan preciosa en tan grande peligro?

Este es pues el parecer de todos estos tan grandes doctores. Por donde verás cuán grande locura sea tener tú por segura la navegacion de un golfo, de quien tan sabios pilotos hablan con tan gran temor. Oficio es el bien morir que conviene aprenderse toda la vida; porque á la hora de la muerte hay tanto que hacer en morir, que apenas hay espacio para aprender á bien morir.

S. II.

Autoridades de doctores escolásticos acerca de lo mesmo.

Resta agora para mayor confirmacion desta verdad, ver tambien lo que acerca desto sienten los doctores escolásticos. Entre los cuales Scoto trata muy de propósito esta cuestion en el cuarto de las sentencias, donde pone una conclusion que dice así: La penitencia que se hace á la hora de la muerte, apenas es verdadera penitencia, por la dificultad grande que entonces hay para hacerla. Prueba él esta conclusion por cuatro razones.

La primera es, por el grande estorbo que hacen allí los dolores de la enfermedad, y la presencia de la muerte para levantar el corazon á Dios, y ocuparlo en ejercicios de verdadera penitencia. Para cuyo entendimiento es de saber que todas las pasiones de nuestro corazon tienen grande fuerza para llevar en pos de sí el sentido y el libre albedrío del hombre. Y segun reglas de filosofia, muy mas poderosas son para esto las pasiones que dan tristeza, que las que causan alegría. De donde nasce que las pasiones y afectos del que está para morir, son las mas fuertes que hay; porque (como dice Aristóteles) el último trance, y la mas terrible cosa de las terribles, es la muerte; donde hay tantos dolores en el cuerpo, tantas angustias en el ánima, y tanta congoja por los hijos, y mujer, y mundo que se dejan. Pues entre tan recios vientos de pasiones, ¿dónde ha de estar el sentido y el pensamiento, sino donde tan fuertes dolores y pasiones lo llevaron?

(a) Homil. 42. in Evang.

Vemos por experiencia cuando uno está con un dolor de ijada, ó con algun otro dolor agudo, que aunque sea hombre virtuoso, apenas puede por entonces tener el pensamiento fijo en Dios; sino que allí está todo el sentido, donde lo llama el dolor. Pues si esto acaesce al justo, ¿qué hará el que nunca supo qué cosa era pensar en Dios, y que tanto quanto está mas habituado á amar su cuerpo que su ánima, tanto mas lijeramente acude al peligro del mayor amigo, que del menor? Entre cuatro impedimentos que Sant Bernardo pone de la contemplacion, uno dellos dice que es la mala disposicion del cuerpo (b). Porque entonces el ánima está tan ocupada en sentir los dolores de su carne, que apenas puede admitir otro pensamiento que aquel que de presente la fatiga. Pues si esto es verdad, ¿qué locura es aguardar á la mayor de las indisposiciones del cuerpo para tratar del mayor de los negocios del ánima?

Supe de una persona, que estando en paso de muerte, y diciéndole que se aparejase para lo postrero, recibió tan grande angustia de ver tan cerca de sí la muerte, que (como si la pudiera detener con las manos), todo su negocio era pedir á muy gran priesa remedios y confortativos para evitar aquel trago si le fuera posible. Y como un sacerdote lo viese tan olvidado de lo que convenia para aquella hora, y le amonestase que se dejase ya de aquellos cuidados, y comenzase á llamar á Dios; importunado del buen consejo, respondió palabras muy ajenas de lo que aquel tiempo requería, con las cuales espiró. Y el que así habló, habia sido persona virtuosa: para que por aquí veas tú, cómo turbará la presencia de la muerte á los que aman la vida, cuando así turbó á quien otro tiempo la despreciaba.

Asimesmo supe de otra persona, que estando en una recia enfermedad, y pensando que se llegaba ya su hora, deseaba con gran deseo, primero que partiese, hablar un rato muy de propósito con Dios, y prevenir á su juez con alguna devota supplicacion; y parecíale que nunca los dolores y accidentes continuos de la enfermedad, le daban un rato de alivio para hacerlo. Pues si para esto solo hay allí tan mal aparejo, ¿cuál es el loco que para tal tiempo guarda el remedio de toda la vida?

La segunda razon deste doctor es, porque la verdadera penitencia ha de ser voluntaria, esto es, hecha con promptitud de voluntad, y no por sola necesidad. Por lo cual dice Sant Agustín: Menester es no solo tener al juez, sino tambien amarle. Y hacer lo que se hiciere por voluntad, y no por necesidad. Pues el que en toda la vida nunca hizo penitencia verdadera, y aguarda entonces á hacerla, no parece que la hace por voluntad, sino por pura necesidad. Y si por sola esta causa la hace, no es su penitencia puramente voluntaria.

Tal fué la penitencia que hizo Semei por la ofensa que habia hecho á David cuando iba huyendo de Absalom su hijo (c): el cual despues que lo vió volver de la huída victorioso, y entendió el mal que por allí le podia venir, adelantóse con mucha gente á recibir al Rey y pedirle con mucha humildad perdon de la culpa pasada. Lo cual como viese un pariente de David llamado Abisái, dijo: ¿Cómo? ¿y por estas palabras fingidas se

(b) Serm. 5. de Assumpt. B. M. circ. med. et Serm. S. Martini pauli infra initium. (c) 2. Reg. 16. et 17.

ha de escapar de la muerte Semel, habiendo hecho tan grande injuria al rey David? Mas el sancto rey, que tan bien entendia de cuán poco mérito era aquella satisfaccion, aunque por entónces prudentemente disimuló, no por eso le dejó sin castigo; ántes á la hora de la muerte, con celo de justicia, no de venganza, dejó mandado como en testamento á su hijo Salomon que le diese su merecido: y así lo hizo (a). Tal pues parece la penitencia de muchos malos cristianos, los cuales habiendo perseverado en ofender á Dios toda la vida, cuando llega la hora de la cuenta, como ven la muerte al ojo, y la sepultura abierta, y el juez presente, y entienden que no hay fuerza ni poder contra aquel sumo poder, y que en aquel punto se ha de determinar lo que para siempre ha de ser, vuélvense al juez con grandes suplicas y protestaciones: las cuales si son verdaderas, no dejan de ser provechosas; mas el comun suceso dellas declara lo que son. Porque por experiencia habemos visto muchos destes, que si escapan de aquel peligro, luego se descuidan de todo lo que prometieron, y vuelven á ser los que eran; y aun tornan á revocar los descargos que dejaban ordenados, como hombres que no hicieron lo que hicieron por virtud y por amor de Dios, sino solamente por aquella prisa en que se vieron; la cual como cesó, cesó tambien el efecto que della se seguia.

En lo cual parece ser esta manera de penitencia muy semejante á la que suelen hacer los mareantes en tiempo de alguna grande tormenta, donde proponen y prometen grandes virtudes y mudanzas de vida. Mas acabada la tormenta, y escapados del presente peligro, luego se vuelven á jugar y blasfemar como lo hacian ántes; sin hacer mas caso de todo lo pasado, que si fuera un propósito soñado.

La tercera razon es porque el mal hábito y costumbre de pecar que el malo ha tenido toda la vida, comunmente le suele acompañar (como la sombra al cuerpo) hasta la muerte; porque la costumbre es como otra naturaleza, que con gran dificultad se vence. Y así vemos por experiencia muchos en aquella hora tan olvidados de su ánima, tan avarientos para ella, aun en la muerte, tan encarnizados en el amor de la vida (si la pudiesen redimir por algun precio), tan captivos del amor deste mundo, y de todas las cosas que en él amaron, como si no estuviesen en el paso que están. ¿No has visto algunos viejos en aquella hora tan guardosos, y cobdiciosos, y tan atentos á mirar por sus trapillos y pajuelas, y tan cerradas las manos para todo bien, y tan vivo el apetito, aun de aquello que no pueden consigo llevar? Este es un linaje de pena con que muchas veces castiga Dios la culpa, permitiendo que acompañe á su autor hasta la sepultura, segun que lo dice Sant Gregorio por estas palabras: Con este linaje de castigo castiga Dios al pecador, permitiendo que se olvide de sí en la muerte el que no se acordó de Dios en la vida. Desta manera se castiga un olvido con otro olvido: el olvido que fué culpa con el que juntamente es pena y culpa. Lo cual se ve cada dia por experiencia; pues tantas veces habemos oido de muchos que se dejaron morir entre los brazos de las malas mujeres, que mal amaron, sin quererlas despedir de su compañía, ni aun en aquella hora, por estar por justo juicio de Dios olvidados de sí mismos y de sus ánimas.

La cuarta razon se funda en la cualidad del valor

(a) 5. Reg. 2.

que ordinariamente suelen tener las obras que en aquel tiempo se hacen. Porque parece claro (á quien tiene algun conocimiento de Dios), cuánto ménos le agrada este linaje de servicios, que los que en otros tiempos se hacen. Porque ¿qué mucho es (como decia la sancta virgen Lucía) ser muy largo de lo que, aunque te pese, has acá de dejar? ¿Qué mucho es perdonar allí la deshonra, cuando sería mayor deshonra no perdonarla? ¿Qué mucho es dejar la mancha, cuando aunque quisieses, no la podrias ya mas tener en casa?

Por estas razones pues concluye este doctor que en aquella hora con dificultad se hace penitencia verdadera; y añade aun mas, diciendo: Que el cristiano que con deliberacion determina guardar la penitencia para aquella hora, peca mortalmente, por la grande ofensa que hace á su ánima, y por el grandísimo peligro en que pone su salvacion. Pues ¿qué cosa mas para temer que esta?

§. III.

Autoridades de la sagrada Escritura para el mesmo propósito.

Mas porque todo el peso desta disputa principalmente pende de la palabra de Dios (porque para contra esta no hay apelacion ni respuesta), oye agora lo que ella acerca desto nos enseña. En el primer capítulo de los Proverbios, despues de haber escripto Salomon las palabras con que la sabiduría eterna llama á los hombres á penitencia, dice luego las que dirá á los rebeldes á este llamamiento, en esta forma (b): Porque os llamé, y no quisistes acudir á mi llamamiento; extendí mis manos, y no hubo quien las mirase, y despreciastes todas mis reprehensiones y consejos: yo tambien me reiré en vuestra muerte, y haré burla de vosotros cuando os viniere los males que temíades. Cuando viniere de improviso la muerte, como tempestad que á deshora se levanta, entónces me llamarán, y no los oiré; y de mañana madrugarán á ponerse delante, y no me hallarán; porque aborrescieron el castigo y la doctrina, y no tuvieron temor de Dios, ni quisieron obedecer mis consejos. Hasta aquí son palabras de Salomon, ó por mejor decir del mismo Dios. Las cuales Sant Gregorio en el susodicho libro de los Morales entiende y declara al propósito que aquí hablamos. Pues ¿qué tienes que responder á esto? ¿Por qué no bastarán estas amenazas, pues son de Dios, para hacerte temer un tan gran peligro, y aparejarte para esta hora con tiempo?

Pues oye aun otro testimonio no ménos claro. Hablando el Salvador en el Evangelio (c) de su venida á juicio, aconseja á sus discípulos con grande instancia que estén aparejados para esta hora; trayéndoles para esto muchas comparaciones por las cuales entendiesen cuánto esto les importaba. Y así dice (d): Bienaventurado es el siervo á quien el Señor hallare en aquella hora velando. Mas si el mal siervo dijere en su corazon: Mi Señor se tarda mucho; tiempo me queda para aparejarme; y él entre tanto se diere á comer, y beber, y hacer mal á sus compañeros, vendrá su Señor en el dia que él no piensa, y en la hora que no sabe, y partirlo ha por medio, y darle ha el castigo que se da á los hipócritas. Aquí parece claro que el Señor sabia bien los consejos de los malos, y las veredas que buscan para sus vicios; y por esto les sale al camino, y les dice cómo les ha de ir por él, y en qué han de parar sus confianzas. Pues ¿qué otro pleito

(b) Prov. 4. (c) Matth. 25. (d) Matth. 24.

es el que agora tratamos, sino este? ¿Qué digo yo aquí, sino lo que el mesmo Señor te dice? Tú eres ese siervo malo que haces en tu corazon la mesma cuenta; y así te quieres aprovechar de la dilacion del tiempo para comer y beber, y perseverar con los mesmos delictos. Pues ¿cómo no temerás esta amenaza que te hace quien es tan poderoso para cumplirla, como para hacerla? Confió habla, contigo lo ha, á tí lo dice: despierta, miserable, y repárate con tiempo, porque no seas despedazado cuando llegue la hora deste juicio.

Paréceme que gasto mucho tiempo en cosa tan clara. Mas ¿qué haré, que aun con todo esto veo muy gran parte del mundo cubrirse con este manto? Pues para que aun mas claro veas la grandeza deste peligro, oye otro testimonio del mesmo Salvador. Acabadas estas palabras, añade luego lo que se sigue, diciendo (a): Entónces será semejante el reino de los cielos á diez vírgines, cinco locas, y cinco sabias. Entónces dice: ¿Cuándo entónces? Cuando venga el juez; cuando se llegue la hora de su juicio, así el universal de todos, como el particular de cada uno, segun declara Sant Augustin; porque no se altera en el universal lo que en el particular se determina. Pues en este paso (dice el Señor) acaesceró ha, como acaesció á diez vírgines, cinco locas, y cinco sabias, las cuales aguardaban por la venida del esposo. Las sabias proveyéronse con tiempo de lámparas y de óleo para salirle á recibir; mas las locas, como tales, no curaron desto. Y á la media noche, al tiempo del mayor sueño (que es cuando los hombres están mas descuidados, y ménos piensan en este paso), diéronles rebato, diciendo que venia el esposo, que le saliesen á recibir. Entónces levantáronse todas aquellas vírgines, y aderezaron sus lámparas; y las que estaban ya aparejadas entraron con él á las bodas, y cerróse la puerta; mas las que no estaban aparejadas, comenzaron entónces á querer proveerse, y aparejarse, y á dar voces al esposo, diciendo: Señor, Señor, abridnos. A las cuales respondió: En verdad os digo que no os conozco. Y así concluye el sancto Evangelio la parábola, y la declaración della, diciendo: Por tanto velad, y estad aparejados; pues no sabéis el dia ni la hora. Como si dijera: ¿Habeis visto cuán bien libraron en este trance las vírgines que estaban aparejadas, y cuán mal las que no lo estaban? Por tanto, pues no sabéis el dia ni la hora desta venida, y el negocio de vuestra salvacion pende tanto deste aparejo, velad y estad aparejados en todo tiempo; porque no os tome aquel dia desapercebidos, como á estas vírgines, y así perecais, como ellas perecieron. Este es el sentido literal desta parábola, como declara el cardenal Cayetano en este lugar, donde dice: Esto solo sacamos de aquí que la penitencia que se dilata hasta la hora de la muerte (cuando se oye esta palabra: Cata que viene el esposo), no es segura: ántes en esta parábola se describe como no verdadera; porque por la mayor parte no lo es. Y al cabo pone este doctor la resolucio de toda la parábola, diciendo: La conclusion desta doctrina es dar á entender que por tanto las cinco vírgines locas fueron desechadas, porque al tiempo que el esposo vino, no estaban aparejadas; y por esto las otras cinco fueron admitidas, porque estaban apercebidas. Por donde conviene que siempre lo estemos, pues no sabemos la hora desta venida. Pues ¿qué cosa se podia pintar mas clara que esta? Por lo cual me maravillo mucho cómo despues de la justificacion

(a) Matth. 25.

tan clara desta verdad, se osan los hombres entretener y consolar con esta tan flaca esperanza. Porque ántes desta luz tan clara, no me maravillara yo tanto que se persuadieran lo contrario, ó se quisieran engañar; mas despues que aquel maestro del cielo resolvió esta materia; despues que el mesmo juez nos declaró con tantos ejemplos las leyes de su juicio, y el norte por donde nos habia de juzgar, ¿en qué seso cabe creer que de otra manera pasará el negocio, que lo predicó el que lo ha de sentenciar?

§. IV.

Responde á algunas objeciones.

Mas por ventura contra todo esto me dirás: ¿pues el ladrón no se salvó con una sola palabra á la hora de la muerte (b)? A esto responde Sant Augustin en el libro alegado (c), que aquella confesion del buen ladrón fué la hora de su conversion, y de su bautismo, y de su muerte juntamente. Por donde, así como el que muere acabándose de bautizar (como á otros muchos ha acontecido) va derecho al cielo, así acaesció á este dichoso ladrón; porque aquella hora fué para él hora de su bautismo.

Respóndese tambien que así esta obra tan maravillosa como todos los milagros y obras semejantes, estaban profetizadas, y guardadas para la venida del Hijo de Dios al mundo, y para testimonio de su gloria; y así convenia que para la hora en que aquel Señor padescia, se escureciesen los cielos, y temblase la tierra, y se abriesen los sepulcros, y resuscitasen los muertos (d); porque todas estas maravillas estaban guardadas para testimonio de la gloria de aquella persona; y en la cuenta destas entra la salud de aquel sancto ladrón, en la cual obra no es ménos admirable su confesion, que su salvacion, pues confesó en la Cruz el reino, y predicó la fe cuando los apóstoles la perdieron, y honró al Señor cuando todo el mundo le blasfemaba. Pues como esta maravilla junto con las otras pertenezcan á la dignidad de aquel Señor, y de aquel tiempo, grande engaño es querer que generalmente se haga en todos los tiempos lo que estaba reservado para aquel.

Cónstanos tambien que en todas las repúblicas del mundo hay cosas que ordinariamente se hacen, y cosas tambien extraordinarias; y las ordinarias son comunes para todos; mas las extraordinarias son para algunos particulares. Lo mesmo tambien pasa en la república de Dios, que es su Iglesia. Porque cosa regular y ordinaria es aquella que dice el Apóstol (e): que el fin de los malos será conforme á sus obras: dando á entender que (generalmente hablando) á la buena vida se sigue buena muerte, y á la mala vida mala muerte. Cosa tambien es ordinaria que los que hicieron buenas obras irán á la vida eterna, y los que malas al fuego eterno. Esta es una sentencian que á cada paso repiten todas las Escrituras Divinas. Esto cantan los Salmos, esto dicen los profetas, esto anuncian los apóstoles, esto predicán los evangelistas. Lo cual en pocas palabras resumió el profeta David, cuando dijo: Una vez habló Dios, y dos cosas le oí decir: que él tenia poder y misericordia, y que así daría á cada uno segun sus obras. Esta es la suma de toda la filosofía cristiana. Pues segun esta cuenta decimos que cosa es ordinaria que así el justo como el malo reci-

(b) Luc. 23. (c) De vera et falsa penitentia. (d) Matth. 27. (e) 2. Cor. 11.

han su merecido al fin de la vida segun sus obras; pero fuera desta ley universal puede Dios usar de especial gracia con algunos para gloria suya, y dar muerte de justos á los que tuvieron vida de pecadores, como tambien podria acaecer que el que hubiese vivido como justo, por algun secreto juicio de Dios viniese á morir como pecador, que es como el que ha navegado prósperamente toda la carrera, y á boca del puerto viniese á padecer tormenta. Por lo cual dijo Salomon (a): ¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de Adam sube á lo alto, y el espíritu de las bestias deciende á lo bajo? Porque aunque universalmente acaece que las ánimas de los que viven como bestias deciendan á los infiernos, y las de los que viven como hombres de razon suban al cielo; mas todavía por algun especial juicio de Dios puede suceder esto de otra manera; pero la doctrina segura y general es: Quien viviere bien, tendrá buena muerte. Pues por esta causa nadie debe asegurarse con ejemplos de gracias particulares; pues estos no hacen regla general, ni pertenescen á todos, sino á pocos, y esos no conocidos; por donde no puedes tú saber si serás del número dellos.

Otros alegan otra manera de remedio, diciendo que los sacramentos de la ley de gracia hacen al hombre de atrito contrito, y que entónces á lo ménos tendrán esta manera de disposicion, la cual junto con la virtud de los sacramentos será bastante para darles salud. La respuesta desto es (b): que no cualquier dolor basta para tener aquella manera de atricion, que junta con el sacramento da gracia al que lo recibe. Porque cierto es que hay muchas maneras de atricion, y de dolor, y que no por cualquier atricion destas se hace el hombre de atrito contrito; sino por sola aquella que en particular sabe el dador de la gracia, y otro fuera dél no puede saber.

No ignoraban esta teología los santos doctores, y con todo esto hablan con tanto temor en esta manera de penitencia, como arriba declaramos; y expresamente Sant Augustin en la primera autoridad que dél alegamos, habla del que recibe penitencia, y es reconciliado por los sacramentos de la Iglesia: al cual, dice, damos penitencia, mas no seguridad.

Y si me alegares para esto la penitencia de los ninivitas (c), que procedia del temor que tuvieron de ser destruidos dentro de cuarenta dias, mira tú, no solo la penitencia tan áspera que hicieron, sino tambien la mudanza de su vida; y múdala tú desá manera, y no te faltará esa misma misericordia. Pero veo que apenas has escapado de la enfermedad, cuando luego tornas á la misma maldad, y revocas cuanto tenias ordenado. ¿Qué quieres pues que juzgue desta penitencia?

§. V.

Conclusion de todo lo susodicho.

Todo esto se ha dicho, no para cerrar á nadie la puerta de la salud, ni de la esperanza (porque esta ni los santos la cierran, ni nadie la debe cerrar); sino para desencastillar á los malos deste lugar de refugio, adonde se acogen para perseverar en sus males. Pues dime agora, hermano, por amor de Dios; si todas las voces de los doctores, y de los santos, y de la razon, y de la mesma Escritura, tan peligrosas nuevas te dan desta penitencia, ¿cómo osas fiar tu salvacion de tan grande peligro? ¿En qué confias parar en aquella hora? ¿En tus aparejos

(a) Ecci. 3. (b) Soto in 4. d. 10. q. 6. art. 2. (c) Ion. 5.

y mandas de testamentos y oraciones? Ya ves la prisa que se dieron aquellas vírgines locas á proveerse, y las voces que dieron al esposo pidiéndole la puerta, y cuán poco les valieron; porque no procedian de verdadera penitencia (d). ¿Confias en las lágrimas que allí derramarás? Mucho valen cierto las lágrimas en todo tiempo, y dichoso el que las derramare de corazon; mas acuérdate cuántas lágrimas derramó aquel que por una golosina vendió su mayorazgo, y cómo, segun dice el Apóstol (e), no halló lugar de penitencia, aunque con tantas lágrimas labuscó; porque no lloraba por Dios, sino por el interese que perdía. ¿Confias en los buenos propósitos que allí propondrás? Mucho valen tambien estos cuando son verdaderos; mas acuérdate de los propósitos que propuso el rey Antioco (f), el cual estando en este paso, prometió á Dios tan grandes cosas, que ponen admiracion á quien las lee, y con todo esto dice la Escritura: Hacia aquel malvado oracion á Dios, del cual no habia de alcanzar misericordia; y la causa era, porque todo aquello que proponia, no lo proponia con espíritu de amor, sino de puro temor servil, el cual aunque sea bueno, pero solo él no basta para alcanzar el reino del cielo. Porque temer las penas del infierno es cosa que puede proceder del amor natural que el hombre tiene á sí mismo; y amar el hombre á sí, no es cosa por la cual se dé á nadie este reino. De suerte que así como con ropa de sayal no entraba nadie en el palacio del rey Asuero (g), así tampoco entrará en el de Dios con ropa de sirvo, que es con solo este temor, si no va vestido con ropa de bodas, que es amor.

¡Oh pues, hermano mio! ruégote agora pienses atentamente que sin duda te has de ver en esta hora, y no será de aquí á muchos dias, pues ya ves la prisa que se dan los cielos á correr. Presto se acabará de hilar con tantas vueltas este copo de lana, que es nuestra vida mortal. Cerca está, dice el Profeta (h), el dia de la perdicion, y los tiempos se dan prisa por llegar. Pues acabado este tan ligero plazo, verná el cumplimiento destas profecias, y allí verás cuán verdadero profeta te he sido en lo que te he anunciado. Allí te verás cercado de dolores, fatigado con cuidados, agonizando con la presencia de la muerte, esperando la suerte que de ahí á poco te ha de caer. ¡Oh suerte dudosa! ¡Oh trance riguroso! ¡Oh pleito donde se espera sentencia de vida para siempre, ó muerte para siempre! ¡Quién pudiese entónces trocar aquellas suertes! ¡Quién tuviese mano en aquella sentencia! Agora la tienes: no la desprecies. Agora tienes tiempo para granjear al juez. Agora puedes ganarle la voluntad. Toma pues el consejo del Profeta que dice (i): Buscad al Señor en el tiempo que se puede hallar, y llamado cuando está cerca para os oír. Agora está cerca para nos oír, aunque no lo podemos ver; mas en la hora del juicio verse ha, pero no nos oír, si dende agora no louviéremos merecido.

CAPITULO XXVII.

Contra los que perseveran en sus pecados con esperanza de la divina misericordia.

Otros hay que perseverando en su mala vida, se aseguran con la esperanza de la divina misericordia, y de la pasion de Cristo: á los cuales tambien será razon que demos su desengaño, como á todos los demas. Dices

(d) Matth. 23. (e) Hebr. 12. (f) 2. Mac. 9. (g) Esth. 4. (h) Deut. 32. (i) Isai. 55.

que es grande la misericordia de Dios, pues por los pecadores se puso en la Cruz. Yo te confieso que es muy grande, pues te consiente tan grande blasfemia como es hacer tú su bondad fautora de tu maldad; y que la Cruz que él tomó por medio para destruir el reino del pecado, tomes tú por medio para fortalecerlo; y donde le habias de ofrecer mil vidas que tuvieras por haber puesto la suya por tí, tomes de ahí ocasion para negarle esa sola que él te dió. Mas le dolió esto al Salvador que la mesma muerte que padescia; pues no quejándose della, se quejó deste agravio por su Profeta, diciendo (a): Sobre mis espaldas fabricaron los pecadores, y extendieron su maldad. Dime, ruégote, ¿quién te enseñó á hacer esa consecuencia, que porque Dios es bueno, tomes tú licencia para ser malo, y salir con ello? A lo ménos el Espíritu Sancto no enseña á argüir desá manera, sino desta: Porque Dios es bueno merece ser servido, y obedecido, y amado sobre todas las cosas. Porque Dios es bueno es razon que yo lo sea, y espere en él que me perdonará por gran pecador que haya sido, si de todo corazon me volviere á él. Porque Dios es bueno, y tan bueno, por eso es mayor maldad ofender á tal bondad. Y así cuanto mas engrandesces la bondad en que confias, tanto mas encareces la culpa que contra ella cometes. Y esa tan grande culpa no es justo que quede sin castigo; y ese cargo pertenece á la divina justicia, que es, no como tú piensas, contraria, sino hermana y defensora de la divina bondad, la cual no consiente que tal ofensa quede sin debido castigo.

No es nueva esta manera de excusa, sino muy vieja y muy usada en el mundo; porque esta era la contienda que tenian los profetas verdaderos con los falsos: ca los unos amenazaban de parte de Dios castigos de justicia, y los otros prometian de su propia cabeza falsa paz y misericordia; y despues que el azote de Dios declaraba la verdad de los unos, y la mentira de los otros, decian los verdaderos profetas (b): ¿Dónde están vuestros profetas que os aseguraban, y decian: No vendrá Nabucodonosor sobre nosotros?

Dices que es grande la misericordia de Dios. Tú que eso dices, créeme que no te ha Dios abierto los ojos para que veas la grandeza de su justicia. Porque si esto fuera, tú dijeras con el Profeta (c): ¿Quién hay, Señor, que alcance á conocer el poder de vuestra saña, y que pueda contar la grandeza de vuestra ira?

Pues para que salgas dese engaño tan peligroso, ruégote que nos pongamos agora en razon. Ni tú ni yo hemos visto la justicia divina en sí mesma, para que por esta via podamos conocer su medida. Ni tampoco podemos en este mundo conocer á Dios sino por sus obras. Pues entremos agora en ese mundo espiritual de la Sagrada Escritura, y despues salgamos á este corporal en que vivimos; y notemos en el uno y en el otro las obras de la divina justicia, para que por ellas la conozcamos.

Sernos ha esta jornada muy provechosa; porque demas del fin que pretendemos, sacáremos otro fructo muy grande, que será avivar y criar en nuestros corazones el temor de Dios, el cual dicen los santos que es el tesoro, la guarda, y el peso de nuestras ánimas. Por donde así como el navío que va sin lastre y sin peso, no va seguro, porque cualquier viento recio basta para trastornarlo; así tampoco lo va el ánima que camina sin el peso deste

(a) Psal. 126. (b) Hier. 27. (c) Psal. 80.

temor. El temor la sostiene, para que los vientos de los favores humanos y divinos no la levanten y trastumben. Por muy rica que vaya, si carece deste peso, va á peligro. Y por tanto, no solo los principiantes, sino tambien los criados viejos en la casa del Señor, han de vivir con temor; y no solamente los culpados que tienen por qué temer, sino tambien los justos que no han hecho tanto por qué. Los unos temen porque cayeron, y los otros porque no caigan: á los unos los males pasados, y á los otros los peligros venideros deben poner temor.

Y si quieres saber cómo se engendrará en tí este santo temor, dígotte que despues de infundido con la gracia, se conserva y cresce con esta consideracion de las obras de la divina justicia, de que agora comenzamos á tratar. Piénsalas, y rumíalas muchas veces, y poco á poco verás criado en tí este santo temor.

§. I.

De las obras de la divina justicia que se cuentan en la sagrada Escritura.

La primera obra de la divina justicia (de que se hace mencion en la Escritura divina) fué la condenacion de los ángeles. El principio de los caminos de Dios fué aquella terrible y sangrienta bestia, que es el príncipe de los demonios, como se escribe en Job (d): Porque como todos los caminos de Dios sean misericordia y justicia (e), hasta aquella primera culpa no se habia descubierto la justicia. Encerrada estaba en el seno de Dios, como espada en su vaina, á la cual enviaba el profeta Ezequiel, si se cumpliera su deseo (f). Esta primera culpa hizo que se desvainase la espada; y mira tú aquel primer golpe qué tal fué. Alza los ojos, y verás una gran lástima, verás una de las mas ricas joyas de la casa de Dios, una de las principales hermosuras del cielo, una imágen en quien tan altamente resplandescia la hermosura divina, caer del cielo como un rayo (g) por un solo pensamiento soberbio. De príncipe entre los ángeles se hizo príncipe de los demonios; de hermosísimo, el mas feo; de gloriosísimo, el mas atormentado; de graciosísimo, el mayor enemigo de todos cuantos Dios tiene y tendrá jamas. ¿Qué cosa de tan grande admiracion debe ser esta para aquellos espíritus celestiales, los cuales tambien conocen de donde y adonde cayó una tan excelente criatura? ¿Con qué espanto dirán todas aquellas palabras de Isaías (h): Cómo caíste del cielo, lucero que salias á la mañana?

Deciende luego mas abajo al paraíso terrenal (i), y verás otra caída no ménos espantosa, si no fuera reparada. Porque si los ángeles cayeron, cada uno hizo su pecado actual por do cayese. Mas ¿qué pecado actual hace el niño que nace, por do nazca hijo de ira? No es menester que haya actualmente pecado: basta que sea de linaje de un hombre que pecó, y pecando corrompió la comun raiz de toda la naturaleza humana (k), que en él estaba, para que este nazca con su propio pecado. Es tan grande la gloria y la majestad de Dios, que haberle una criatura ofendido merece este tan espantoso castigo. Porque si aquel gran privado del rey Asuero, que se decia Aman, no se tenia por satisfecho con tomar venganza de solo Mardoqueo (l), de quien se tenia por injuriado, si no pareciale que conveia á su grandeza que todo el linaje de los judíos pagase con universal

(d) Job. 40. (e) Psal. 24. (f) Ezech. 21. (g) Luc. 10. (h) Isai. 14. (i) Gen. 3. (k) Ephes. 2. Psal. 50. (l) Esth. 5.